

Movimientos sociales y experiencias populares: desafíos metodológicos para la investigación social

*Social movements and popular experience: methodological
challenges for social research*

MARTÍN RETAMOZO Y VICTORIA D'AMICO
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

RECEPCIÓN: 30/04/2013 • ACEPTACIÓN: 2/10/2013

RESUMEN Este artículo propone una reflexión epistémico-metodológica sobre el trabajo de investigación en ciencias sociales en el campo de estudios de los movimientos sociales y las experiencias de organización populares. Desde una perspectiva que recupera el pensamiento político y la epistemología crítica, se presenta una reconstrucción de los supuestos a partir de los cuales producimos conocimiento así como las implicancias que los puntos de partida ontológicos tienen en nuestros abordajes metodológicos. La reflexión se complementa con dos estudios empíricos de diferente alcance. En los casos presentados indagamos sobre la conformación de sujetos y subjetividades en sectores populares atendiendo a la densidad analítica de un objeto de investigación que se piensa a la vez como construcción, en movimiento y atravesado por múltiples temporalidades y espacialidades. El alegato es por recuperar un lugar para las investigaciones que procuran formular preguntas para las que no hay respuestas y que asumen el desafío del pensamiento abismal para una mejor comprensión de la realidad social.

PALABRAS CLAVE Pensamiento político, epistemología crítica, movimientos sociales, experiencias populares, subjetividad.

ABSTRACT This article offers an epistemic-methodological consideration of research in the social sciences within the fields of social movements and popular experiences of organization. From a perspective which recovers political thought and critical epistemology, we present a reconstruction of the assumptions from which knowledge is produced, and the implications of the ontological starting points for our methodological approaches. The latter is complemented by two empirical studies that differ in scope. In the cases examined we investigate the formation of subjects and subjectivities in popular sectors, considering the analytic density of a research object which is seen at once as construction, in movement, and influenced by a number of temporalities and spatialities. The article suggests recovering a context for research that is able to formulate questions to which there are no answers, and which assume the challenge of abismal thinking for acquiring a better understanding of social reality.

KEYWORDS Political thought, critical epistemology, social movements, popular experiences, subjectivity.

Introducción

*se sienta a la mesa y escribe
«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice
y más: esos versos no han de servirle para
que peones maestros hacheros vivan mejor
coman mejor o él mismo coma o viva mejor
ni para enamorar a una le servirán
(...)
«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice
se sienta a la mesa y escribe
(CONFIANZA, JUAN GELMAN)*

El estudio de los movimientos sociales y las experiencias de organización populares ha concitado la atención de numerosos investigadores. Distintas orientaciones teóricas y metodológicas se han plasmado en estos trabajos que no

están exentos también de una legítima disputa política. La atención a los procesos de movilización social y organización colectiva obedecen a diferentes intereses que, como señaló Habermas, son constitutivos del conocimiento. En algunas perspectivas, estas experiencias adquieren especial relevancia en tanto los sujetos colectivos se sitúan en un lugar clave en la construcción de la historia y en la posibilidad de poner en cuestión aspectos constitutivos del orden social en un horizonte de liberación y/o emancipatorio (Dussel, 2009). No obstante, en ocasiones, las expectativas depositadas por «el ojo del observador» se ubicaron fuera del potencial condensado en la propia configuración de los sujetos. Estas miradas desdeñaron dar cuenta de la complejidad, las discontinuidades y el juego de potencialidades/limitaciones de las experiencias subalternas. El resultado no sólo puede ser juzgado con criterios enmarcados en reglas del quehacer científico sino —y aquí radica nuestra principal preocupación— por sus fallas como pensamiento político, involucrado en procesos abiertos, dándose (Zemelman, 1992).¹

En este contexto, las ciencias sociales se encuentran frente al desafío de revisar cuestiones teóricas y metodológicas constitutivas de la práctica de investigación. Pero igualmente relevante es el planteo del sentido de dicha tarea. En ocasiones la pérdida de sentido en las investigaciones en el campo de las ciencias sociales no se debe exclusivamente a dificultades teóricas o metodológicas, sino a los límites contenidos en la propia concepción de lo que es conocer (por ejemplo, al privilegiar la producción de información sobre la capacidad de pensar rigurosamente). El alegato entonces es por recuperar un lugar para las investigaciones que procuran formular preguntas para las que no hay respuestas, que asumen el desafío del pensamiento abismal, sin las certezas. El conocimiento encuentra, así, su razón como espacio de desnaturalización de situaciones, relaciones y acontecimientos, a la vez que de reconocimiento de la multiplicidad del presente y activación de potencialidades. Las preguntas, que jaquean lo dado y la naturalización de las realidades sociales, adquieren una función crítica que guía la producción de conocimiento.

Nuestra esperanza es que ese conocimiento que producimos en situaciones atravesadas por el poder, en contextos institucionales y que responden a reglas del campo académico no riña con la pretensión de elaborar un conocimiento político. Avanzar en estrategias de investigación que subviertan la aparente

1. Para un ejemplo de este debate puede consultarse la controversia en <<http://www.revistatabularasa.org/numero15.html>>.

dicotomía entre comprensión y transformación es una tarea urgente para quienes no renunciamos al ejercicio de un pensamiento crítico, político y a la vez riguroso, no sólo comprometido con cánones académicos sino fundamentalmente involucrado en los procesos de disputa por transformar la utopía en historia (Zemelman, 1989). Ahora bien, ejercer este tipo de pensamiento, situado en esta doble pretensión de legitimidades (académica y política), constituye un desafío que no se resuelve con declamaciones ni con manuales de estilo. Por el contrario, se trata de una producción en movimiento que requiere abrir un debate epistémico-metodológico desde sus bases mismas y en las diferentes instancias asociadas a la investigación.

El presente artículo se ubica en esta discusión y es el resultado de la reflexión sobre nuestra propia práctica investigativa, aciertos y errores, alcances y limitaciones, conjeturas y sospechas, hallazgos y desencantos. La reflexión epistémica sobre la investigación de los movimientos sociales y las experiencias colectivas dialogará con nuestros estudios empíricos. En ellos procuramos, desde el enmarcado epistemológico que presentamos en la primera parte, construir objetos con una densidad analítica que colabore con una mejor comprensión de la realidad social. De este modo buscamos articular los fundamentos teóricos y epistemológicos con el desarrollo metodológico y la labor investigativa.

La (re)colocación epistémica-crítica y potenciación

Uno de los puntos de partida que nos gustaría destacar implica la recuperación del lugar de los sujetos en la producción de la historia, que nos lleva a reinscribir el lugar de la creación humana y cómo esta idea puede aprovecharse en el nivel epistemológico. Evidentemente, la inclusión de los sujetos sociales y su productividad no puede incorporarse desde un lugar histórico incondicionado (que recaería en formas del voluntarismo o subjetivismo), sino desde la factibilidad de indagar en las formas históricas en las cuales un sujeto adquiere en un momento dado ciertas determinaciones, e incorporar las potencialidades que el aspecto de «lo dándose» del sujeto puede tener en relación a la construcción de horizontes futuros a partir de sus proyectos.

Este primer aspecto se corresponde con la relevancia epistemológica que reconocemos a los sujetos sociales. Las investigaciones que venimos llevando adelante (Retamozo, 2009; D'Amico, 2010) tienen el interés de reconstruir las posibilidades contenidas en las prácticas que emprenden las clases populares, las maneras en que se estabilizan subjetividades y se constituyen sujetos

propiamente políticos. El desafío metodológico se encuentra en indagar sobre experiencias colectivas subalternas sin anticipar una respuesta que, como muchas veces sucede, termina imponiendo categorías que responden más a un programa del investigador que a un análisis de las potencialidades emergentes en la realidad social. Asumir el proceso abierto, estructurado parcialmente y parcialmente indeterminado nos advierte sobre los vaticinios sin constatación empírica.² Desde esta perspectiva, incorporar una variedad de elementos que presentan un carácter contingente como siempre abierta posibilidad, constituye un esfuerzo por pensar las prácticas políticas evitando un ejercicio de mera teorización sobre aquéllas,³ sosteniendo, en cambio, que lo determinado carece de privilegio frente a lo posible.

De esta manera proponemos desplazar la mirada de los sujetos sociales y/o actores históricos acabados, para echar luz sobre aquellos procesos de constitución de potenciales sujetos, aun cuando éstos puedan diluirse, extinguirse, institucionalizarse o ser absorbidos por el orden hegemónico o no llegar a constituirse (Zemelman y Valencia, 1990; Zemelman, 1997). Esto supone prestar atención a las dinámicas que vuelven posibles a los sujetos sociales, considerando los aspectos que radican en su potencia, su historicidad y perspectivas de futuro, no sólo desde sus determinaciones históricas (León, 1997).

Pero además, la perspectiva preocupada por la constitución de movimientos sociales y la configuración de experiencias populares que proponemos, implica asumir un posicionamiento epistémico-político sobre el lugar de las ciencias sociales contemporáneas en la producción de conocimiento y en la construcción de alternativas de mundos. En efecto, la comprensión de los procesos sociohistóricos que se suceden en los distintos lugares de América Latina no obedece sólo a una tarea de contribución con el saber acumulado, sino que se inscribe en el registro del pensamiento político crítico preocupado por el futuro de nuestros pueblos y sus entornos. Esta forma de pensar político se considera como una de las partes que intervienen en la lucha política por su

2. Esto no implica conceder que la única manera de validar empíricamente el conocimiento sea provista por enfoques positivistas. Uno de los desafíos de la epistemología crítica es trabajar los modos de validación del conocimiento relacionado con la práctica de los sujetos.

3. Nos referimos a la distinción entre pensar epistémico y pensar teórico que realiza Zemelman (2005) y que más adelante consignamos como la diferencia entre la crítica y la potenciación.

capacidad de interrogar la historia, el presente y atisbar futuros, tanto como por ser vehículo de activación de lo potencial (en el marco de una ecología de saberes; Santos, 2006). La centralidad de los sujetos sociales, su historicidad y su despliegue, en los contextos históricos particulares permiten analizar la capacidad de construcción de futuros y su activación como historia (Retamozo, 2006).

Este desafío nos enfrenta con el requerimiento de resignificar o construir nuevos conceptos. En este marco, no podemos dejar de discutir la distinción entre crítica y potenciación. La crítica señala los límites de la situación que se analiza y la identificación de la negatividad, mientras que la potenciación representa el paso a una forma de intervención que rompe esos límites, en el marco de opciones de construcción que nos recuerdan que la historia es la producción del juego entre estructura y agente. Así una tarea fundamental radica en construir un objeto, bajo la lógica de la inclusión tanto de determinaciones como de potencialidades, de modo tal que se reconozca en la situación los horizontes contenidos. Registrar la contingencia, en este sentido, implica dar lugar a los condicionamientos históricos que pueden determinar una situación pero no los contenidos que ella alberga como alternativas de futuro. Allí la posibilidad de concreción viene de la mano de la potencia (de procesos y sujetos) que disputan una coyuntura particular. Las coyunturas específicas son condiciones de posibilidad (constriñen y habilitan), su investigación requiere de la implementación del dualismo analítico que permite visibilizar (y distinguir a los fines de estudio) los modos en que operan diferentes estructuraciones, pero también la capacidad de los agentes que emergen en la disputa.

En tanto producto-productores de la sociedad y pensados desde una articulación teórica que les concede ese especial lugar de condensadores-constructores, los sujetos colectivos adquieren un estatus particular para la epistemología crítica. La doble dimensión de estructura y agente se conjuga en el estudio de los sujetos. Por un lado impone desafíos metodológicos ya que la consistencia de la investigación nos obliga a incorporar las diferentes estructuralidades en el objeto de estudio. Por otro, los mismos desafíos se plasman en la concepción de los sujetos sociales con capacidad de acción.

La construcción del objeto se constituye como un momento fundamental para enfrentar estos desafíos en la investigación. Para ello son necesarias una serie de rupturas y reposicionamientos que van desde visitar la concepción

de realidad social hasta la formulación de las preguntas,⁴ dimensiones distintas que se articulan en el objeto.

Rupturas hacia la construcción del objeto

El situarse en/ante la realidad social supone una postura y asumir compromisos de diverso tipo. Si como dice Margaret Archer, «en cualquier campo de estudio, la naturaleza de lo que existe debe relacionarse con la manera en que se lo estudia» (2005: 48), las concepciones de la historia y la realidad social —que incluyen aspectos como movimiento, temporalidad, historicidad y potencia— instauran desafíos de magnitud a la hora de plantear investigaciones consistentes. Un trabajo de investigación acorde a los postulados que se asumen en el plano ontológico es tan importante como frecuentemente descuidado. No es un trabajo menor el poner en sintonía el modo de construir el objeto con ciertas concepciones que rompen con parámetros estandarizados. Estos puntos de partida situados en el plano ontológico constituyen rupturas a la vez que abren nuevas perspectivas de investigación en tanto asumamos las consecuencias epistemológicas de nuestras concepciones ontológicas. Podríamos esquematizarlas de la siguiente manera, sin pretender agotar un tema que requiere esfuerzos que exceden este artículo.

a) La realidad social como una construcción-producción-creación-reproducción humana. Ésta puede considerarse en términos de un proceso histórico jamás acabado y donde los sujetos sociales tienen un lugar relevante. Otra tesis directamente vinculada supone considerar la realidad social como una construcción histórico-política, que implica un momento constituyente de lo político e incorpora nociones como poder y hegemonía para pensar la conformación de las relaciones sociales que la constituyen.

b) La realidad en movimiento, postulado que se desprende de la primera consideración y se vincula con la noción de lo «dado-dándose» propuesta por Hugo Zemelman.

c) La realidad histórico-social como una singular articulación de tiempos y

4. En efecto, la construcción del problema de investigación implica una problematización del campo temático a partir de interrogantes que tensionan, rompen y cuestionan. El «caminar preguntando» tiene su correlato metodológico y supone rehuir de preguntas hechas, dadas, estereotipadas. La segunda está ligada a la concepción de realidad que queremos conocer y para la cual construimos un objeto determinado.

espacios. Esto supone además la incorporación de la historicidad y la inclusión de la dimensión de futuro (no con una pretensión de predicción y control, sino de activación de futuros posibles que son deseables).

a) La realidad como construcción humana

La idea de la construcción social de la realidad no sólo es el título del célebre trabajo de Berger y Luckmann, sino también una idea poco original a estas alturas del debate en el campo de la teoría social (Berger y Luckmann, 1968; Searle, 1997). Hace casi un siglo y medio, Marx había sentenciado que los hombres realizan la historia pero en circunstancias no elegidas por ellos. Sin embargo, la concepción de la construcción de la realidad y de la historia no siempre es asumida en términos epistemológicos. La pesada herencia del positivismo —esas tradiciones que oprimen el cerebro de los vivos, ¡otra vez Marx!— se manifiesta en una concepción de realidad implícita en muchos trabajos y perspectivas. En efecto, como primer paso, es necesario romper con el realismo ingenuo de muchas posiciones que abierta o veladamente conciben a la realidad como una cosa exterior al sujeto con la que se puede contrastar objetivamente para saber la adecuación (correspondencia) de un enunciado científico. Aun cuando esta posición está efectivamente superada en el debate epistemológico, reaparece con fuerza en trabajos de sociología y ciencia política, cuyo lenguaje está repleto de términos cargados con esta impronta, como contrastar, recortar la realidad o recoger datos.

En este sentido es imprescindible abandonar una visión que supone aporoblemáticamente la existencia de un mundo dado, exterior al sujeto (objetiva) y factible de una explicación mensurable y legaliforme, y asumir en cambio una concepción que incorpore la construcción, la contingencia, el movimiento y la productividad de los sujetos sociales.

Aportes disímiles como los de Giddens, Laclau y Archer avanzan en reflexiones sobre el estatus de la realidad social sobre/en la cual se ha de producir conocimiento. El estudio de los modos de estructuración/producción del orden social aporta claves sugerentes que no siempre son explotadas en la construcción metodológica. Por supuesto que el debate ya no está en darle prioridad a las estructuras o al agente, sino en el modo en que se relacionan y coproducen. En efecto, más que una doble hermenéutica estamos en presencia de una doble construcción. Por un lado la sociedad es una construcción humana —más allá de la voluntad— donde diferentes tipos de estructuras sedimentadas son con-

diciones de posibilidad de las acciones. Por otro lado, sobre esa construcción el investigador opera una intervención.

Ahora bien, si partimos de la idea que la construcción de la sociedad es un modo de ordenar diferentes procesos y niveles que se conjugan en lo social, es necesario asumir que esas dimensiones deben estar presentes en el objeto. De lo contrario sugerentes conjeturas sobre el carácter contingente, mágico, excesivo, abierto o indeterminado de la totalidad social cae en saco roto puesto que aunque reivindicadas en el plano teórico son olvidadas en lo epistemológico.

Esta primera ruptura permite poner en cuestión la consideración de lo real como algo objetivo, exterior e independiente del sujeto, a la vez que promueve una tarea epistemológica acorde a esa totalidad concreta, referente que no se copia en el pensamiento, pero que puede reconstruirse a partir de una intervención intelectual, racional, relacional aprehensiva (Kosik, 1976; De la Garza, 1988; Zemelman, 1987b, 1987c, 1992). Como argumentamos (Retamozo, 2006), este movimiento se erige en uno de los pilares fundamentales de una epistemología crítica: desplazarse en el campo ontológico desde una noción de «realidad» estática, mensurable y objetiva hacia la concepción de realidad en movimiento (De la Garza, 1988; Zemelman, 1987a, 1992 y 1997) donde el devenir histórico no está determinado sino que es una resultante de diferentes procesos donde tanto los sujetos como las estructuras tienen un lugar (Archer, 2005). Estos aspectos son fundamentales porque incorporar la noción de la realidad social como una construcción, la contingencia, la multidimensionalidad, el movimiento y la productividad de los sujetos sociales en cuanto al orden social, implica adoptar una nueva postura sobre la forma de hacer ciencias sociales.⁵

b) La realidad en movimiento

El supuesto de la realidad en movimiento es tal vez el que mayores desafíos propone a una epistemología que pretende abordar la complejidad de los procesos sociohistóricos. Resulta casi una paradoja que para estudiar «movimientos» se produzcan objetos estáticos que neutralizan la dinámica que se pretende

5. La pregunta entonces es ¿cómo conocer esa realidad? ¿Cómo puede el sujeto construir conocimiento que pretende tener una referencia en los procesos sociohistóricos-políticos?

aprehender. La contingencia, los ritmos y la creación permanente se contraponen a la quietud del objeto estándar. Esto abre un campo de reflexión sin muchas certezas pero que no por ello nos exime de esfuerzos epistemológicos: la construcción de objetos que puedan —parafraseando a Gramsci— crecer con la historia, subsumir el movimiento en el orden del objeto. El movimiento y el cambio hacen casi absurdo el intento de congelar un objeto asumiendo esquemáticas determinaciones.

Para pensar una alternativa posible a las miradas predominantes debemos separarnos de aquellas perspectivas que han construido una noción de *sujeto cotidiano* como sujeto a quien el tiempo histórico le es impuesto y que no es capaz de incorporar su propia temporalidad al devenir histórico (León, 2000). La posibilidad de emergencia de una voluntad colectiva, caracterizada por el movimiento, introduce en el análisis la potencialidad del proyecto, como acción con fines políticos que instala su horizonte en el futuro y que habilita la emergencia de un sujeto colectivo. En este plano, el movimiento aporta a la comprensión de las tramas de subjetividad que emergen como redes de relaciones que ofrecen un soporte a posibles acciones «viables». ⁶ De este modo se abre la puerta a pensar que lo nuevo puede emerger en espacios en los que en el presente aún no han cristalizado sujetos políticos ni proyectos. Se trata de rastrear las huellas del futuro en un presente cargado de historicidad.

c) La realidad histórico-social como una singular articulación de tiempos y espacios

El tercer eje ontológico que nos interesa señalar es la consideración sobre la temporalidad y la espacialidad de la realidad social y su impacto en el estudio de los sujetos sociales, entre ellos los capaces de acción colectiva, como son los movimientos. Aquí no debemos perder de vista que en los momentos de investigación es posible situarse en esas coordenadas espacio-temporales específicas. Por ejemplo, la temporalidad construida en una acción directa de protesta es radicalmente distinta a la que opera en la asamblea de una organización, así como a la que domina al cambiar de nivel analítico si nos interrogamos por la

6. Como afirma De la Garza desde una epistemología preocupada por aprehender las transformaciones de la realidad social, «el problema no es definir lo que la sociedad será en tiempo futuro sino definir en la coyuntura del tiempo presente el espacio de posibilidades para la acción viable» (2001a: 3).

relación entre organizaciones populares y Estado. Es precisamente aquí donde se requiere —si se pretende reconstruir la dinámica de un movimiento social—, elaborar mejores herramientas para investigar, algo que es indisoluble de las técnicas con las que se realiza la tarea. No se trata de elegir entre un arsenal de recetas enumeradas, sino de trabajar en el diseño de los propios instrumentos específicos para los casos históricos concretos que se pretende comprender. Lo anterior nos sirve para mostrar que la dimensión ontológica se involucra con el nivel metodológico a través de lo epistemológico.

Las ciencias sociales, si bien no fueron por supuesto inmunes, tampoco encontraron las formas de abordar el problema del tiempo y del espacio en su vinculación con lo epistemológico.⁷ Doreen Massey, en relación al eje de la espacialidad, advierte que el espacio como sistema de interacciones nunca está cerrado. No puede haber una simultaneidad completa en la que todas las interconexiones ya se hayan establecido y todos los lugares estén vinculados entre sí sistémicamente, porque esto implicaría la prescripción del futuro (Massey, 2005: 105, 113). A su vez, si el orden requiere de acontecimientos que marquen el inicio de un momento histórico, también es necesario un espacio que permita la ocurrencia de múltiples hechos simultáneos, en ámbitos diferentes, cuya relación es necesario reordenar. La particularidad del campo de lo histórico social es que este orden no se encuentra regulado por un conjunto de determinaciones lógicas necesarias, sino que cuenta con una dimensión —la de la significación— que permite abrir el tiempo a las indeterminaciones (Castoriadis, 1986).

En cuanto a la temporalidad hay dos planos que nos interesa destacar. Por un lado la necesidad de incorporar la multitemporalidad de los fenómenos sociales a la hora de hacer investigación social, tanto en el objeto como en los diseños de investigación. Si asumimos la multitemporalidad como un componente del mundo humano entonces el no incorporarla en nuestra tarea de investigación supone unidimensionalizar en el campo del tiempo la investigación. La exigencia de historicidad del conocimiento tiene este correlato en lo metodológico, no obstante la tarea de incorporar el tiempo (o los tiempos) en la investigación es tal vez una de las más descuidadas en los enfoques metodológicos contemporáneos. Reconocer la multiplicidad es un paso fundamental que debe ser comple-

7. Entre las excepciones, vale mencionarlo, están los historiadores, como se recordará: la Escuela de los Annales en la figura de Broudel y, desde la sociología, Norbert Elias.

mentado con la definición de las relaciones de jerarquías que se establecen entre ellos, para no plantear un sincronismo ingenuo, sino comprender la calidad, direcciones y consecuencias de dichos flujos temporales y espaciales, así como los momentos de coagulación en que emergen los acontecimientos.

El otro lugar de la temporalidad que es necesario destacar es la dimensión del futuro. Esta preocupación por el horizonte futuro en la práctica científico-social conlleva otra ruptura de la epistemología crítica con respecto al positivismo, en especial en lo que refiere al tratamiento del interés y los valores en la praxis de investigación. A diferencia de un interés técnico-instrumental, la epistemología crítica se interesa por «la transformación de la realidad, pero no cualquiera o como simple observación del cambio, sino aquella que siendo deseable sea viable para constituir un mundo mejor para todos» (De la Garza, 2001b: 110). En tal sentido introduce una dimensión vinculada a las potencialidades del futuro. La epistemología crítica abandona el interés por el control y la predicción y lo sitúa en una búsqueda de conocimiento emancipatorio (Habermas, 1995). Por lo tanto, introduce aspectos eminentemente políticos en lugar de la pretendida neutralidad del científico postulada por el positivismo. Así, siguiendo a Zemelman, esta concepción crítica concibe que «conocer constituye cada vez más un arma de la lucha para imponer y consolidar opciones que sean las puertas de entrada para hacer de la historia un espacio de gestación de proyectos» (1992: 9). Y prosigue: «a través de la noción de proyecto se enriquece el concepto de experiencia histórica como el recorte de realidad en que se conjuga lo objetivo, sometido a regularidad, con la capacidad de construir lo objetivamente posible que no necesariamente lo está» (Zemelman, 1992: 35). El futuro se asocia así a la capacidad de intelección, de anticipación y a la intencionalidad que los actores ponen en sus prácticas, y con ello, a la posibilidad de constituir una voluntad colectiva (Valencia, 2007).

En síntesis, es teniendo en cuenta la convergencia de estos tres elementos — construcción, movimiento y temporalidad/espacialidad— que deviene central la idea de totalidad (Zemelman, 1987c, 1992a), no como un atributo de la realidad social sino como exigencia gnoseológica, es decir, como una forma de organizar en el pensamiento los distintos niveles en que se juega la complejidad de la realidad social, la cual excede las posibilidades finitas del entendimiento humano. La totalidad permite una construcción del objeto de estudio a partir de asumir la complejidad, la multidimensionalidad, la multitemporalidad y la contingencia «de manera tal que la apropiación de la realidad se traduzca en la construcción de un objeto con capacidad de articular niveles y momentos

que están incluidos en un campo de objetos, lo que implica colocar la construcción de lo real en la base de la apropiación» (Zemelman, 1992b: 124). La articulación del objeto de estudio debe admitir sus múltiples manifestaciones y su desenvolvimiento dinámico.

Por lo tanto, no se trata de «escoger» un objeto (partidos políticos, legislaturas, organizaciones sociales, etcétera), sino de un ejercicio de intervención ordenante para situar un proceso social como referente a ser investigado. En esta labor es relevante no confundir una situación o tema con un objeto, así como un problema social con un problema sociológico. La construcción del objeto implica un modo de plantear la relación entre diferentes niveles y dimensiones propias de la complejidad social en foco. Así, no se trata de «recortar» sino de asumir una lógica de la inclusión para la producción de objetos densos (no por lo complicado o lo intrincado) como forma de abordar incluso más de lo que contiene el caso de referencia. El estudio de los sujetos sociales brinda la posibilidad de pensar cómo a partir de lo concreto se puede elaborar un objeto que contenga o incluya las múltiples dimensiones asumidas como constitutivas de la historia.

Sujetos sociales, subjetividades y experiencias en la construcción metodológica

Los sujetos sociales adquieren una relevancia singular en tanto se los puede considerar condensadores de historicidad y constructores de historia (Zemelman, 1997; Zemelman y Valencia, 1990). Esta centralidad en modo alguno significa desatender la influencia de las dimensiones estructurales que están presentes en los procesos sociales. Por el contrario, si asumimos consistentemente lo expuesto no podemos sino reconocer que el objeto que se construye sobre las experiencias colectivas requiere —para dar cuenta de su complejidad— de la inclusión de las diferentes estructuras presentes. El capitalismo, el neoliberalismo, el colonialismo, la estatalidad, la familia, la religión, por ejemplo, son aspectos que estructuran relaciones sociales que no pueden ni siquiera considerarse «contextos» de acción, sino que constituyen la totalidad en la cual la noción de sujetos y subjetividad tiene fines analíticos. Algo similar sucede con la temporalidad. Por un lado como articulación de tiempos superpuestos que configuran los procesos (el tiempo íntimo, el tiempo estatal, el tiempo laboral se conjugan). Por otro lado la condensación de pasado-presente-futuro en la experiencia es clave para pensar la potenciación y la activación.

En lo concreto la subjetividad se comporta como ángulos, como eje de direccionalidades potenciales de lo social, articulando las diversas instancias temporales desde un presente. En este sentido, seguimos a Valencia (2002: 10) para caracterizar la realidad como «realidades polirrítmicas», es decir, debemos considerar que los actores se desenvuelven en «múltiples recortes de realidad» (Zemelman, 1992: 55) y que, por lo tanto, reconstruir sus relaciones y dinámicas implica indagar cómo se conjugan los diferentes tiempos que se articulan en esa experiencia particular, sin prescindir de ninguno de ellos. Las subjetividades adquieren entonces una múltiple temporalidad que opera en relación también a las temporalidades estructurales.

Las referencias al tiempo *cronos* y al tiempo *kairós* pueden recuperarse aquí para señalar dos ámbitos relevantes para el estudio de los procesos a los que hacemos referencia. La temporalidad excepcional —tanto en términos históricos como en términos biográficos o colectivos— abre espacios de subjetivación plasmados en la lucha o la protesta. Pero esta temporalidad no agota las dimensiones de las experiencias subalternas. Menos visibles resultan las acciones en la cotidianidad. En efecto, la vuelta al mundo de la vida (o los mundos) supone un desplazamiento teórico que la hermenéutica, la fenomenología y el interaccionismo comparten, aunque no ya como horizonte último, sino como instancia de síntesis de las determinaciones y con funciones metodológicas. En este caso es relevante recuperar los aportes de Alfred Schütz (Schütz y Luckmann, 1997) y Agnes Heller (2002), quienes desarrollaron importantes categorías para estudiar las dinámicas de la vida cotidiana, las formas de razonamiento y acción, así como la producción y reproducción de sentidos comunes. Gramsci también es clave al respecto. Incluir la cotidianidad ofrece la posibilidad de abordar tres cuestiones: por un lado, la tensión entre el tiempo histórico —pensado como los procesos de largo plazo— y el tiempo coyuntural, que da cuenta del recorte transversal de los procesos, en el que se puede reconstruir la secuencia de experiencias performativas. Por otro, la convergencia entre elementos individuales (vida unipersonal, familiar, vecinal, grupal en general) y colectivos. Y finalmente, avanza más allá de la tensión reproducción/cambio social. En este sentido, la vida cotidiana se presenta no como un análisis micro, sino como expresión pequeña del conjunto de temporalidad mayor.⁸ Allí se puede desagregar un mo-

8. «Estos dinamismos [se refiere a los proceso de constitución del sujeto social], valga aclararlo, no aluden a situaciones micro —entendidos en el sentido de su pequeñez— sino al movimiento molecular de la realidad, es decir, aquél en donde se entrecruzan

mento histórico más amplio y de mayor alcance, de modo dinámico, abarcando el permanente proceso de constitución de historicidad. En la misma línea, Elías niega la posibilidad de autonomizar lo cotidiano, en tanto como componente integral de una estructura social debe ser considerada en relación a las estructuras de poder en su conjunto (Elías, 1998).

La historicidad contenida en las subjetividades colectivas constituye un espacio de acceso a la reconstrucción de la tríada pasado-presente-futuro. El pasado como historia y memoria, el presente como experiencia y campo de activación (siempre actuamos en el imposible presente) y el futuro como proyecto y utopía. En este sentido, la preocupación por el sujeto y su génesis lleva a modificar nuestra relación con la historia: «de simple antecedente, o contorno de los fenómenos, debemos convertir la historia en parte de la experiencia del presente, que es donde se encuentran las posibilidades de desenvolvimiento hacia un futuro no devenido sino por construir» (Zemelman, 2005: 18).

La noción de proyecto incorpora el futuro como punto de referencia temporal deseable, como momento de posibilidad. Si tenemos en cuenta que, cuando emerge un acontecimiento se activan latencias contenidas en las experiencias de los sectores subalternos, reconstruir y comprender los modos de acción nos permite recuperar la politicidad y la potencialidad de esos espacios tal como propone la epistemología crítica.

La construcción del conocimiento científico-social, como lo proponemos aquí, se juega en una nueva intervención dada por la problematización y la organización de contenidos del campo referente. Éste es un primer paso en la construcción del objeto. La problematización del horizonte, las preguntas por la historia, la política, deben ser formas de enfrentar el mundo social para conocerlo, para transformarlo: la construcción del objeto de estudio es una de las claves en este sentido puesto que allí se juega la posibilidad de reconstruir las dinámicas del movimiento de la realidad referente, ahora pensada.

Sobre la construcción del objeto: dos casos

La pregunta por las subjetividades colectivas, los movimientos sociales y las experiencias populares busca combatir las visiones que aniquilaron las opcio-

muchos tiempos y espacios y se muestra de mejor manera esa realidad heterogénea, difusa y en gran medida imprevisible donde lo necesario y lo causal coexisten y se articulan» (Valencia y Zemelman, 1990: 90-91).

nes de cambio y los sujetos como portadores de historia. Pero también procura evitar la especulación celebratoria de procesos que son sobredeterminados por las expectativas del investigador. A su vez, este planteamiento supone avanzar, en ciertas discusiones teóricas que son replanteadas. Por un lado replantea la pregunta por los sujetos colectivos es posible pensar la conformación del orden social y su cambio, en tanto en ella converge la triple temporalidad pasado-presente-futuro, que marca tanto las regularidades que van sedimentando en la estructura como también la apertura hacia la contingencia. De esta manera, abordar las dimensiones de un sujeto supone encontrar aspectos que orientan en la comprensión de los procesos de constitución de las sociedades. Por otro lado propone contribuir desde la preocupación por la configuración de la subjetividad colectiva una puerta para salir de cierto atolladero (teórico y epistemológico) en el estudio de los movimientos sociales en la región.⁹

En este aspecto una problematización del campo de la subjetividad colectiva y los sujetos sociales puede ayudar para trabajar de manera más rica los temas de acción colectiva que encuentran puntos ciegos, tanto en la pregunta por la conformación del sujeto involucrado, como por la implicancia de la acción en la subjetividad y el orden social. En particular, nuestra preocupación se centra en las categorías que nos permiten asir desde la cotidianeidad, las formas de constitución de subjetividades subalternas y de la posibilidad de emergencia de sujetos colectivos y, podríamos pensar, propiamente políticos en tanto disputan la configuración de la trama social en alguno de sus nudos. El concepto de constitución da cuenta del múltiple condicionamiento, de los muchos planos de la realidad que atraviesan las experiencias colectivas, que los sujetos articulan con su acción y que constituyen la historicidad de los procesos.

a) Subjetividad y acción en el movimiento de trabajadores desocupados

El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina (conocido como «movimiento piquetero») adquirió notoriedad pública en parte debido a la capacidad de interrupción de su repertorio de acción colectiva: el corte de rutas,

9. Como hemos argumentado «en este punto, los aportes de los llamados por J.L. Cohen (1985) paradigma orientado a la 'identidad' y paradigma orientado a la 'estrategia', como también el enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales, deben ser sometidos a una profunda revisión para identificar sus potencialidades y limitaciones en el análisis de los casos particulares en América Latina» (Retamozo, 2006: 208).

carreteras, calles y puentes. En contexto de hegemonía neoliberal en la Argentina de los años noventa y con índices de desocupación abierta jamás conocidos, los desocupados encarnaban aquello que Raúl Scalabrini Ortiz denominó «el subsuelo de la patria sublevado». Algunos analistas y sectores políticos veían a estos grupos como una especie de lumpenproletariado marginal sin potencial emancipatorio, otros como el espacio de una subjetividad rebelde y no capitalista, otros finalmente como la expresión de grupos extorsivos que hacían de la contención su forma de vida. Ahora bien, una pregunta pertinente fue entonces: ¿cuáles eran las subjetividades que estaban involucradas en la experiencia de los desocupados? Este interrogante puede ser respondido desde los prejuicios ideológicos sino desde la construcción de un objeto que atienda tanto a las dimensiones estructurantes que atraviesan las subjetividades y de una concepción de subjetividad que pueda vincularse con las estructuras, con la acción y la capacidad de incidir en la totalidad vigente.

La inclusión del orden social —con su capacidad de subjetivación— en el objeto de investigación fue uno de los principales desafíos. En efecto, en la experiencia de los desocupados inciden múltiples clivajes que imponen ritmos y movimientos. Por ejemplo, las transformaciones en el capitalismo no pueden dejarse afuera obviamente de una situación que tiene como referente sectores de la clase trabajadora. Sin embargo esta estructura y su temporalidad no explican la emergencia del movimiento, otros tiempos como el neoliberalismo, el Estado y las políticas sociales, la familia, el barrio se conjugan con dimensiones como la vida cotidiana, los roles de género, los sentidos hegemónicos.

La decisión de construir un objeto a partir de un nudo problemático centrado en la pregunta por la subjetividad implicó subordinar aspectos como las diferencias entre las organizaciones que nucleaban a desocupados. Esta decisión fue clave porque las voces oficiales de las organizaciones ofrecían una interpretación particular que no siempre condecía con las representaciones e imaginarios articulados en la subjetividad de los desocupados. Esta decisión se justificó en tanto nuestra preocupación apuntaba a conocer los procesos de construcción de la subjetividad colectiva en sectores que combinaban desempleo, situación de pobreza y participación en las actividades que proponían las diferentes organizaciones (las cuales no distaban demasiado en su lógica). En efecto, entre las múltiples temporalidades surgieron como relevantes tres ritmos: el cotidiano marcado por la dinámica barrial y las relaciones sociales allí inscritas (familiares, vecinales, políticas), el organizacional signado por los modos de participación de desocupados, tanto en asambleas como en la-

bores comunitarias, y la excepcionalidad del «piquete» como acción colectiva disruptiva. A su vez estos ritmos se procesan de forma diferenciada en los distintos grupos que componen la experiencia: jóvenes sin experiencia laboral, trabajadores expulsados de sus puestos de empleo y mujeres que no accedieron nunca al mercado formal de trabajo. El privilegio de una mirada centrada en un proceso extendido en lo geográfico y con cierta masividad ubicó en un segundo plano la exploración de las heterogeneidades al interior del movimiento y los elementos que aportan tanto la especificidad del tipo de organización como el clivaje de género, edad o trayectoria laboral (los cuales procuramos recuperar desde nuestro objeto, sin por ello especificar en las singularidades). No obstante, nos permitió reconstruir temporalidades presentes en la experiencia tales como la urgencia de resolver el sustento diario y la reconfiguración del tiempo hegemónico que marca el ritmo bajo la relación salarial que se rompe con la situación de la desocupación. Esto no sólo vale para el hombre en su rol de «macho proveedor», sino también en cuanto astilla la cotidianidad del tiempo femenino dominante, asociado al cuidado del hogar.

El estudio de la configuración de una subjetividad colectiva, en la que se amalgaman grupos que podrían distinguirse analíticamente, nos permite reconocer la presencia de estructuras que atraviesan la experiencia. Luego de la contextualización —que en el estudio no funciona como un mero relato de circunstancias históricas, sino que implica la reconstrucción de un entramado en función del problema de investigación concreto— encontramos un operador clave en la producción de la demanda que articuló al movimiento de desocupados: el reclamo por «trabajo».

El avance en la investigación requirió del desarrollo teórico tanto de la categoría de subjetividad como de demanda y, especialmente, una concepción de los modos en los cuales se configura la subjetividad. Allí reparamos en la importancia de los sentidos, la cultura y los imaginarios subalternos como un espacio embebido de poder en el que permanecen heterogéneos códigos para dar sentido, percibir y sentir determinadas situaciones. La categoría de subjetividad permite recuperar dimensiones históricas (memoria), presentes (experiencias) y futuras (proyecto) que no son atravesadas por relaciones de poder. En efecto, rehuimos a una dicotomía autonomía-heteronomía en el proceso para situar la mirada en la relación entre ambas, entre reproducción y cambio, conservación y transformación. Nos encontramos, entonces, con elementos de configuraciones subjetivas pasadas (sentidos colectivos producidos por otras experiencias) en las que el lugar del trabajo, el Estado, lo común, lo públi-

co y los derechos permanecía junto con otros elementos que identificamos como propios de los sentidos hegemónicos del neoliberalismo (individualismo y competencia, resignación al azar y las leyes del mercado, mercantilización de los espacios vitales, etcétera). La subjetividad colectiva construida en/por sectores de desocupados nos brindó una herramienta analítica para comprender aspectos constitutivos de la experiencia de movilización social subalterna.

Por su parte, el concepto de *demanda* (Retamozo, 2009) nos permitió reconstruir el paso entre lo individual y lo colectivo. El estar sin empleo como una situación particular (una «falta») se constituyó en un daño cuando se inscribió en una trama de sentidos que permitía percibir a la desocupación como una injusticia, una falla del orden, que por un lado sancionaba el derecho a trabajo (y lo protegía con un artículo constitucional) y, por el otro, negaba ese principio. Esta tensión fue condición de posibilidad del movimiento de desocupados. Esta demanda fue construida desde los elementos significativos (representaciones e imaginarios) presentes en la cultura y articulados en la subjetividad. La fuerte presencia del Estado como garante de los derechos sociales (e incluso como promotor) también marcó los alcances de la subjetividad en cuanto a su estatalidad. Es cierto que la subjetividad es un proceso que puede disputarse, que no es homogénea y que no está determinada (pues está abierta a la indeterminación) pero no es menos cierto que el modo histórico en que se produjo la demanda de los trabajadores de desocupados argentinos tuvo al Estado como una mediación y la sociedad salarial como horizonte.

La recolocación de la pregunta —una vez reelaborados los conceptos ordenadores subjetividad colectiva y demanda— nos devolvió el interrogante por lo metodológico: ¿cómo dar cuenta de los procesos de construcción de sentidos y de articulación de la subjetividad sin caer en «contar» lo que nuestros entrevistados decían? ¿Cómo hacer visibles los procesos invisibles de poder que se inscriben en la subjetividad? ¿Cómo rastrear los fosilizados espacios gramscianos del buen sentido? Donde los manuales fallan es necesario construir herramientas que se forjan en espacios colectivos pero no son garantías de nada (y pensar sin certezas es todo un aprendizaje). La articulación de vías para lidiar con el sentido nos ofreció un acercamiento. Por un lado, las entrevistas permitían explorar lo dicho y lo no dicho, por otro lado la observación y el registro de campo permitían reconstruir significados que habitaban paredes, banderas, pintadas y voces asistemáticas y dispersas.

La dinámica entre potencialidades y limitaciones, concluimos, atravesó la experiencia de los desocupados. La posibilidad de constituir una experiencia

colectiva, la reconstrucción de lazos sociales, la visibilización del desempleo como drama y la capacidad de disputar los sentidos a él asociados fueron aspectos notables del movimiento. La presencia de los desocupados movilizados impugnó aspectos constitutivos de la trama neoliberal y abrió grietas en la hegemonía. Las luchas por la inclusión fueron una marca del movimiento en momentos en que el orden social les reservaba un lugar de exclusión. La potencia de la negatividad movilizada, sin embargo, tuvo dificultades para constituirse en proyecto de sociedad, su fuerza estuvo en su poder crítico del sistema vigente, no en ofrecer una salida con capacidad de convertirse en constituyente. Límites y a la vez potencialidades. El kirchnerismo lleva en su configuración molecular las huellas de esta experiencia y no puede comprenderse las rupturas post 2003 bajo los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández sin la potencia plebeya arrojada por las experiencias subalternas emergidas durante la larga década del noventa, entre ellas los desocupados.

b) Experiencias de organización y política en sectores populares

En otra investigación, tomamos como caso una organización comunitaria situada en la provincia de Buenos Aires, Argentina, para indagar ¿qué procesos articulan y estabilizan subjetividades en aquellos casos que la acción política no disputa como acción colectiva¹⁰ en el espacio público y qué posibilidades presentan dichas acciones para la emergencia de sujetos políticos? De esta manera, las preguntas que originaron nuestra investigación se orientaron a comprender las formas de politicidad que se constituyen en aquellos espacios de sociabilidad que, aun cuando no se configuraron en emergentes de protesta social, experimentaron y sostienen experiencias de organización comunitaria en las que los sectores populares se vinculan con el Estado, a través de la gestión de políticas sociales.

En miras de construir respuestas a estos interrogantes, optamos metodológicamente por desentrañar el conjunto de relaciones que constituyen cotidianamente una experiencia de organización denominada Copa de Leche, que surge como espacio de contraprestación de planes de empleo. A través de un enfoque etnográfico, nos situamos en el presente y desde la cotidianeidad, buscamos establecer vínculos con la temporalidad macro de la estructura social,

10. Referimos a la noción clásica de Tarrow (1997), como acción contenciosa en el espacio público cuyo interlocutor es generalmente el Estado.

a la vez que comprender el pasado y los nudos potenciales de futuro contenidos en la experiencia. Así, la contingencia podía incorporarse al estudio como posibilidad.

Analizamos el modo en que se allí se vive, piensa y actúan sentidos de la política y sus dinámicas. Si bien existentes desde la década del noventa, los planes de empleo constituyeron una intervención central de la política social implementada por el Estado argentino para hacer frente a la masificación de la situación de pobreza y desempleo luego de la crisis de 2001. Comprender las tramas en las que estos circulan contribuyó a profundizar nuestro conocimiento acerca de la relación cotidiana entre Estado y organizaciones populares en una instancia que trasciende la temporalidad de la protesta social.

En el transcurso de la investigación, observamos que en la organización comunitaria converge una multiplicidad de temporalidades que imprimen su huella en la trama relacional: los conflictos entre las participantes, todas mujeres, a partir de las disputas por el reconocimiento entre las vecinas, en el marco de relaciones imbricadas de afecto, parentesco, amistad y rivalidad; la intervención del Estado a nivel nacional con los planes de empleo y a nivel local con los recursos alimentarios que distribuye la delegación municipal; los requerimientos de la institución escolar contigua a la copa a donde acuden los niños todos los días; la política partidaria que se hace visible en las calles en las coyunturas electorales, e incluso el ritmo meteorológico, por el alto impacto que tienen las condiciones climáticas en las condiciones de precariedad material de vida que caracterizan al barrio, de extrema vulnerabilidad ante situaciones de lluvias o inundaciones.

Ahora bien, estos ritmos no sólo se superponen sino se tensionan entre sí, y algunos adquieren más fuerza que otros a la hora de marcar el sentido que adquieren los vínculos dentro de la organización. Así, observamos que uno de los conflictos centrales aparece en torno a las diferentes maneras en que las mujeres que participan significan dicha participación en la organización: como trabajo, como obligación o como compromiso; estrechamente vinculadas a la flexibilidad o no, que se reconoce a las pautas reglamentarias que los planes conllevan y a cómo se tamizan dichas responsabilidades en el marco de las relaciones de afectividad que entablan entre ellas. Día a día, negocian los criterios de trabajo en las instancias compartidas a partir de un sentido de justicia que no responde a la legalidad de la burocracia de los planes, sino a una moralidad local que establece compromisos entre ellas.

Estas tensiones no impiden, sin embargo, la continuidad de una práctica

común. Aún con sentidos polisémicos y en permanente disputa, fue posible su articulación colectiva. ¿En qué se sustenta ésta? En la experiencia analizada, los sentidos colectivos se construyen en torno a una construcción de un pasado común y de un horizonte futuro. Del pasado, se recupera la trayectoria de un esfuerzo compartido en los momentos más difíciles del barrio, donde todos los vecinos pusieron el cuerpo para sostener las actividades frente a la adversidad social, climática y política, así como por la necesidad de diferenciarse de una utilización indebida, personalista y corrupta (o «utilización política», tal como la definen) que otras personas han hecho del comedor. Hacia el futuro, se construye un horizonte colectivo orientado a «estar mejor», a «trabajar para el barrio» pero cuyo mayor exponente es el lema de trabajar «por los chicos».

A nuestro entender, no es casual que estas subjetividades anclen su dimensión utópica en la niñez: no hay otra categoría social tan vinculada a un horizonte futuro, a una temporalidad proyectada en el porvenir como la de infancia. Pero además, la presencia de los niños condensa un conjunto de sentidos, generalmente asociados a una imagen de neutralidad, ingenuidad y despolitización. Si el conjunto de conflictos presentes en la copa puede velarse detrás de este objetivo común, creemos que esto se debe en parte a que la referencia a la niñez y las prácticas que se realizan en su nombre, en tanto definidas como no políticas, permeabilizan eficazmente la entrada y coexistencia de un conjunto de posiciones e intereses diferenciados. Ahora bien, si esta noción legitimadora se vuelve eficaz para dar continuidad a las prácticas comunitarias, la negación de la política a la vez que posibilita la participación y emergencia de sentidos colectivos, acarrea en sí misma limitaciones para pensar la articulación en un proyecto que los constituya en un sujeto político.

He allí la tensión constitutiva de esta experiencia. Por un lado, acordamos que la forma social copa puede ser entendida como un modo de gestionar la política social en el espacio barrial —y en este sentido una institución más administradora del orden ya existente—. Por otro, ello no quita que son las personas las que dan a ese conjunto de relaciones un sentido particular, asociado a sus intereses y disputas, a sus conflictos y a las dinámicas locales que no puede reducirse a pura subordinación. En este aspecto, las mujeres de la organización se apropian y disputan significados de la política. Por ejemplo, cuando deben tomar decisiones acerca de quiénes participan de la instancia de contraprestación laboral y cómo se distribuyen los recursos, se establecen sanciones para quienes incumplen y se flexibilizan las reglamentaciones en el

marco de acuerdos basados en el conocimiento mutuo entre las vecinas, propio de quienes comparten la cotidianeidad y las rutinas.

Si las políticas llegan con un objetivo dado, admiten entonces un espacio de indeterminación. En esta experiencia, esos márgenes permiten colectivizar aquellos sentidos que desde el Estado parten individualizados: si la política social reglamenta desde la «individualidad» del beneficiario, la trama de relaciones hace aparecer y prevalecer el momento social de aquella. En una dinámica estructural de creciente individuación, estas experiencias se constituyen en formas de rearticulación de lazos sociales que permite la producción y el sostenimiento de experiencias colectivas, la incorporación criterios de justicia compartidos por la comunidad de pertenencia y, con ello, la constitución de tramas de subjetividad que potencialmente pueden transfigurarse como subjetividades colectivas.

Como vemos, a los tiempos estructurales de la política estatal la organización comunitaria le imprime sentidos histórico-sociales específicos, en este caso, para dar origen a «la forma social copa». De este modo, buscamos construir un objeto de investigación que abra la mirada para pensar de qué forma se constituyen subjetividades que, si bien «sujetas», se transforman, potencian y rearticulan trayendo elementos inscritos en su historicidad, actualizándolos en el marco de sus disputas presentes.

(In)conclusiones

No pretendemos extraer de este artículo conclusiones o sentencias definitivas. Por el contrario si alguna búsqueda guía este trabajo es la de abrir y contribuir a un debate necesario en torno a los procesos de construcción de conocimiento e investigaciones en ciencias sociales. Admitiendo la pluralidad de posiciones y formas de producir conocimiento, nos interesó a lo largo de estas páginas argumentar sobre un modo crítico que asume las consecuencias en lo metodológico de sus posicionamientos ontológicos, teóricos y políticos.

La concepción pluralista, sin embargo, no supone la elusión de fundamentar consistentemente la perspectiva planteada, así como tampoco nos impide interpelar otros modos de concebir y hacer la investigación en el campo. En este sentido, en el apartado sobre los estudios tomamos la tarea de presentar y abrir a la discusión el modo en que postulados teóricos pueden potenciar la construcción de objetos de investigación al momento de analizar sujetos y/o subjetividades concretas.

Allí, observamos la manera en que procesos histórico-concretos fueron reconstruidos a través del trabajo empírico. En estos casos, la construcción de una estrategia metodológica que incluyó la realización de entrevistas y la observación (de inspiración etnográfica) resultó viable. Asimismo, el diálogo con otros instrumentos (como el análisis del discurso) que pueden ser igualmente incorporados siempre que atendamos a las dificultades que presenta el tránsito desde un posicionamiento epistemológico a la elaboración de diseños específicos para reconstruir la realidad referente. Particularmente, el desafío que permanece abierto consiste en cómo inscribir metodológicamente los postulados que reconocen al objeto de investigación como una construcción, en movimiento y atravesado por múltiples temporalidades y espacialidades en el transcurso de la investigación. Más allá de la afinidad con algunas técnicas respecto a otras, el investigador no puede escapar a esta tarea de obrar con arte, pero que esta guiado por un ejercicio cognitivo: reponer la totalidad a partir de una reconstrucción articulada que recupere los elementos de la experiencia en una nueva vinculación entre lo abstracto y lo concreto, la síntesis de lo pensado-concreto.

La centralidad de los movimientos y sujetos sociales en la perspectiva que venimos planteando no nos exime de la tarea de reflexión teórica, epistemológica y política. Por el contrario, nos interpela sobre el tipo de conocimiento—los alcances y limitaciones— producido en las universidades de América Latina. En este horizonte compartimos el sentido de practicar una sociología que pueda dar cuenta a la vez de las ausencias y de las emergencias (Santos, 2006). Las ausencias, como aquellas dimensiones de la experiencia que no son reconocidas hoy, en tanto son interpretadas por una racionalidad que las invisibiliza. Es decir, son producidas como «no existentes». La emergencia, en cambio, ofrece la capacidad de ampliar el campo de las experiencias posibles. Al centrar su foco en las latencias y las potencialidades, este modo de conocimiento habilita a pensar proyectando hacia el futuro. Se modifica así la relación entre experiencia y expectativas, en la que vuelve a ocupar un lugar fundamental la creatividad como herramienta heurística. Nuestro interés político radica en que las ciencias sociales aporten a recuperar la experiencia desde un modelo epistemológico diferente, de manera tal de visibilizar aspectos ninguneados, negados o silenciados de las experiencias sociales que abren futuros.

Referencias

- ARCHER, Margaret (2005). *Teoría social realista. Un enfoque morfogenético*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CASTORIADIS, Cornelius (1986). «El campo de lo social histórico». *Estudios filosofía-historia-letras*. Primavera. Disponible en <http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html>.
- COHEN, Jean L. (1985). «Strategy or Identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements». *Social Research*, 52: 663-716.
- D'AMICO, María Victoria (2010). *La experiencia y sus múltiples temporalidades. Dinámicas de organización local en torno a planes sociales: una mirada desde la cotidianidad*. Mimeo. Tesis de maestría, IDES-UNGS. Disponible en <http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/pos_tesis/90_tesis_maestria-d-amico.pdf>
- DE LA GARZA, Enrique (1988). *Hacia una metodología de la reconstrucción*. México: Porrúa-UNAM.
- . (2001a). «Subjetividad, cultura y estructura». *Revista Iztapalapa*, 50: 83-104.
- . (2001b). «La epistemología crítica y el concepto de configuración». *Revista Mexicana de Sociología*, 1: 109-127.
- DUSSEL, Enrique (2009). *Política de la liberación*. Tomo II. Madrid: Trotta.
- ELIAS, Norbert (1998). «Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano». En *La civilización de los padres y otros ensayos* (pp. 331-347). Bogotá: Norma.
- GRAMSCI, Antonio (1977). *Antología*. Selección y prólogo de Manuel Sacristán. Madrid: Siglo XXI.
- HELLER, Agnes. (2002). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- KOSIK, Karl (1976). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- LEÓN, Emma (1997). «El magma constitutivo de la historicidad». En E. León y H. Zemelman (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social* (pp. 36-74). Barcelona: Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades.
- . (2000). «El tiempo y el espacio en las teorías modernas sobre la cotidianidad». En Alicia Lindón (comp.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos, Colegio Mexiquense, CRIM-UNAM.
- LEÓN, Emma y Dorren MASSEY (2005). «La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones». En Leonor Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Paidós.

- RETAMOZO, Martín (2006). «Esbozos para una Epistemología de los Sujetos y Movimientos Sociales». *Cinta de Moebio*, 26: 207-218. Disponible en <www.moebio.uchile.cl/26/retamozo.htm>.
- . (2009). «Las demandas y el estudio de los movimientos sociales». *Cinta de Moebio*, 35: 110-127. Disponible en <<http://www.moebio.uchile.cl/35/retamozo.pdf>>.
- . (2009). *Movimientos Sociales. Subjetividad y acción de los trabajadores desocupados en Argentina*. México: Flacso.
- SANTOS, Boaventura de (2006). *Conocer desde el sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad en Ciencias Sociales.
- SCHUTZ, Alfred y Thomas Luckmann (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- SEARLE, John (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.
- TARROW, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- VALENCIA GARCÍA, Guadalupe (2002). «Pensar el tiempo desde las ciencias sociales». Cuadernos de Trabajo núm. 12, Universidad Veracruzana, México.
- . (2007). *Entre cronos y kairos. Las formas del tiempo socio-histórico*. Barcelona: Antrophos-CIICH.
- VALENCIA GARCÍA, Guadalupe y Hugo ZEMELMAN (1990). «Los sujetos sociales, una propuesta de análisis». *Acta sociológica*, 3 (2). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- ZEMELMAN, Hugo (1987a). *Conocimiento y sujetos sociales*. México: El Colegio de México.
- . (1987b). «Razones para un debate epistemológico». *Revista Mexicana de Sociología*, 49 (1): 1-10.
- . (1987c). «La totalidad como perspectiva de descubrimiento». *Revista Mexicana de Sociología*, 49 (1): 53-86.
- . (1992). *Los horizontes de la razón*. Dos tomos. Barcelona: CRIM- Anthropos.
- . (1997). «Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica». En León y Zemelman (coord.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social* (pp. 21-35). Barcelona: Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades.
- . (2005). *Voluntad de conocer*. Barcelona: Anthropos.

Sobre los autores

MARTÍN ALEJANDRO RETAMOZO es doctor en Ciencias Sociales (Flacso-México), profesor de Filosofía y magíster en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Investigador del Conicet. Actualmente es docente del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata. Su correo electrónico es <martin.retamoza@gmail.com>.

VICTORIA D'AMICO es magíster en Ciencias Sociales (IDES-UNGS), licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata y docente de la FaHCE-UNLP. Becaria del CONICET. Actualmente es docente del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata. Su correo electrónico es <victoriadamico@gmail.com>.

